

LIBRO SEXTO

Los Castores



LIBER SEXTVS

Fibri

LIBRO SEXTO

Los Castores

1-4 Proposición

¿Qué me detiene de entrarle con dardos al hábil Castor
y tratar animado la varia labor de su estirpe,
su ingenio sagaz, y las urbes con altas fachadas,
delicias del bosque, y de undosas riberas decoro?

5-10 Invocación

Tú que, avezada a la aljaba repleta, potente Dictina, 5
persigues a huidizos Castores por campos y bosques,
dime cuál es la destreza de raza tan cauta,
cuál su labor, y sus fuerzas y dotes y miembros tan raros;
y aquellos Castores que yo con mis dardos flechare en el río,
te ofrezco inmolar reverente en tus sacros altares. 10

4 ripaeq. B • 7 solertia MB • 9 et quos **Aonidum** Fibros M

11-38 Los Castores

Oculto en sus prístinas selvas la América ingente,
 allá por do Nueva la España se tiende hacia gélidas Osas,
 copiosas manadas de fieras ocultas en fondos silvestres:
 entre ellas el cauto Castor, de notable carácter,
 dotado por suerte de dones, bajo cuerpo deforme. 15
 Su cuerpo robusto y no más de tres codos de largo
 dos clases de crines flexibles recubren en torno:
 debajo de un pelo chorreante, en el duro pellejo
 se oculta como una pulgada de largo un vellón,
 el vellón distinguido por sienes augustas de Reyes, 20
 que casi supera en suavísimo tacto a las sedas.
 Él su cabeza cuadrada y sus parvos ojuelos levanta,
 y exiguas orejas, que en círculo casi se cierran,
 y lleva de dientes prolijos armadas sus fauces;
 con ellos en torno recorta los robles añosos del bosque, 25
 y acosa y comprime con muerdos feroces las ramas.
 Natura además equipóle con dedos aduncos las manos,
 y armó previsora sus dedos con uñas ganchudas
 que emplea el despierto Castor para muchos oficios.
 Mas, con otra función, le regala unas patas deformes: 30
 una fuerte membrana entrelaza los dedos redondos,
 y el cuadrúpedo así, desafía a los grandes torrentes y lagos.
 Por eso además te habrá de admirar su rarísima cola,
 doquiera vestida de múltiple y rígida escama,
 y siempre bañada de aceite, o de un unto grasoso 35
 (que cauto en bolsitas secretas esconde so el vientre

También yo tengo averiguado que en el reino de Nuevo México se han encontrado Castores, y que, pocos años atrás, en la parte septentrional de California, algunos fueron matados a palos.

18 durâ B • 21quòd B • 24 rictum **duris** M • 25 syluis MB • 28 prouida **duris**, M
 34 squamâ B • 35 crassâ B •
 36 (*en M así*):

quam **servat quattuor** tectis sub uentre **crumenis**

y al cual con la voz de *Castóreo* nombrólo Macaon).
a fin de que humores nocivos resista la cola prolija.

39-54 Sus costumbres

Mas aunque de miembros deformes y extraños se vista,
en cambio la suerte a la bestia dotó de muy nobles modales. 40
Ni reta a combates a muerdos feroz a su propio
enemigo al que rabia envidiosa promueve en su contra;
ni frágil jamás, por afán desmedido de bienes,
alienta en su pecho zozobras de insomnes cuidados.
Ni la ira ni el odio, o del vientre el furor, lo pertuban, 45
ni rabiosa venganza lo angustia, o posibles congojas:
y si no le faltase su libre albedrío, su honor más precioso,
ninguna otra angustia gravosa podría abatir al Castor.
Mas cuando al cautivo con férreas cadenas la mano
reata, o el rudo poder lo retiene guardado en la jaula, 50
al punto transidas de ingente dolor sus entrañas,
se angustia llenando de queja y gemidos la jaula;
y no pondrá fin a su llanto la bestia hasta tanto
no vuelva, ya rota su cárcel, a bosques amigos.

55-72 Su diligencia y laboriosidad

Admirable también la costumbre que place al Castor: 55
que su ingenio despierto y su industria mañosa construyan
en ríos represas y albergues al pueblo en riberas,
y gobiernen la ingente ciudad en la paz y el sosiego.
A penas ya Febo, raptado en su carro a las cumbres,
incendia con tea fulgente los Signos celestes de Cáncer, 60
al punto en manadas, reunida selvática gente,
concurren a fin de construir una ingente ciudad,
su refugio común, y sus fuertes en caso de guerra.

54 praerrupto MB • 56 solersque MB • 58 tranquilâ B • 59 Phaebus, MB • curtu, B
(por errata) • 60 Sydera MB • 61 syluarum MB • coactâ, B

Exploran los sotos, los ríos y amenas orillas
 del lago, do arbórea fronda de sombra a calladas riberas. 65
 No es raro que elijan su espacio a la orilla de un río
 tranquilo; pues aman los mozos vivir en las aguas.
 Mas a fin de que brusca crecida no arranque las casas,
 ni turbe a la grey, ni derrumbe del todo la urbe,
 primero que asienta sus lares la turba prudente, 70
 barreras de troncos compactas enfrenta a los ríos
 que frenen así las crecidas llevando parejo el caudal.

73-88 Derribo de un árbol para fundamentar el dique

Comienza los mozos royendo algún tronco frondoso
 de copa tan alta, en la orilla y cercano a las aguas,
 que pueda alcanzar, derribado, la orilla contraria. 75
 El árbol añoso, talado a raíz, se derrumba
 y llegando a posar en orillas opuestas del río
 conecta, cual válido puente, a entrambas riberas.
 Doquiera las márgenes suenan, y al magno fragor sacudidas
 melódica Eco resuena, cual suele en los cóncavos antros. 80
 Impávido empero el Castor, sobre el sauce arrancado
 se trepa y recorta los brazos del tronco tendido.
 Como suele el guerrero desde años muy tiernos a veces
 lanzar los venablos veloces con bronco sonido a las auras,
 y mientras la pávida turba se asusta del ruido estridente, 85
 él se lanza bizarro enfrentando al terrible enemigo;
 no de otro modo en impávido pecho el derrumbe ruidoso
 recibe esta gente boscosa, y urgente prosigue la brega.

89-122 Construcción del dique y la represa del río

Diligente al instante la turba se riega por ambas orillas:
 cada cual desempeña su parte y su propio deber cada cual. 90

79 littora MB • 80 saepius Echo cauis resonat M • 82 brachia MB

Parte descuaja en la margen boscosa cilíndricos troncos;
 parte recorta los ramos flexibles de encina frondosa;
 y parte, montones de la húmeda arcilla acumula.
 Hierve la obra, y la cohorte operosa a la Selva fatiga.
 Cuando ya precavida dispuso lo que es necesario a la obra, 95
 transpórtalo todo a la orilla del cauce impetuoso:
 aquél porta ramos, el otro una estaca prensada en los dientes,
 esotro acarrea la arcilla en su cola enroscada.
 El resto lo llevan los mozos nadando de prisa en las ondas,
 donde ambas riberas se pasman del largo y arbóreo puente, 100
 y todo afanosos lo sirven al pueblo que suda.
 Junto al árbol los jefes en denso escuadrón se aglomeran,
 a fin de oponer a las aguas vagantes los diques planeados.
 Penetra la gente animosa en las aguas profundas
 por do enlaza salvando la altura entre orillas el sauce, 105
 y excava debajo del río con las manos el fondo,
 hasta hacer con su rígida uña una fosa profunda.
 Entonces los otros, posados arriba en el sauce a lo largo,
 robustos puntales sumergen abajo en las linfas,
 en tanto el que cava, aploma la punta del palo inmergido, 110
 lo encaja en la fosa y en torno lo atocha de arena.
 Se asientan los postes, mas pegan sus puntas al puente
 el cual con su peso defiende la mole de furias del río.
 Después que fijó la entramada primera la gente más joven,
 insiste en clavar con las uñas, y fijar en el cauce los palos 115
 restantes, hasta que rectas hileras de troncos
 atajen el río, y que corten cruzando del todo a las aguas.

-
- 96 hic **truncum**, hic **ramos compressos dentibus ulmi**,
 97 **hi patulo uectant argillam** syrmate caudae;
 98 **omnia** quae pubes **portat delectata natatu**
 99 **truncum sub teretem, pontemque salignum**,

aquel un madero, el otro entre dientes los ramos del olmo,
 aquestos transportan arcilla en su amplio vestido de cola;
 y todo lo lleva esta tropa con con sumo deleite nadando
 so el tronco labrado en redondo y so el puente de sauce,

99 caetera B • 105 quâ B • 108 caetera M • caeterâ B • longâ • B • 109 limphis, MB
 110 directâ B • 111 **aggestat** arenam. M • 115 caetera MB

Reatan los postes de roble ya fijos con tiernos ramajes,
 y van rellenando de arcilla amasada los huecos del dique.
 Una tras otra después aseguran de abetos tronchados 120
 arbóreas hileras de ramas y masa compactas,
 las cuales no dejan pasar ni una gota del río apresado.

123-142 Forma y figura del dique

Además de acabada con suerte la mole de bella figura,
 por donde se enfrenta a las aguas la firme entramada
 se oculta inclinada con suave pendiente en el río; 125
 en cambio por do se libera desde altos maderos el raudo
 torrente, la mole levanta soberbia su frente.

Por eso verás que en diez codos de anchura en la base
 se extiende la mole, y por tres en el borde más alto.
 Luego a través de la arcilla ramajes y robles del dique, 130
 perfora la gente operosa adecuados boquetes,

que estrecha si merma el caudal, y los abre si crece,
 a fin de que bañen las aguas al mismo nivel las riberas.
 Como cuando la gente muy rica, en las olas marinas
 cabe las playas, al ponto le opone con rocas tajadas 135
 un dique soberbio, y ofrece a los barcos asilo;

y el ponto amenaza y azota la mole con denso fragor
 sin que pueda no obstante romper la barrera enemiga:
 así los Castores refrenan el río espumante.

Y cuando lacera los diques tupidos la linfa, 140
 o el hombre derruye malvado con muchas patadas,
 resarce el Castor en manadas la ruina con mucho ramaje.

143-157 Construcción de la urbe

Cuando hubo la turba esforzada apresado el torrente,
 magnífica urbe, y segura, construye a su pueblo

127 elatâ B • 128 patulâ B • 135 littora MB • 139 fraenant. MB • 140 limpha, MB

allí donde plena la playa se ofrece de linfas frenadas. 145
 La legión dividida al instante en pequeñas mesnadas,
 arcilla y ramaje y fragmentos de roca por toda la orilla
 acarrea, y levanta con rara belleza moradas
 en las mismas orillas del vítreo caudal anegadas,
 a fin de que lama constante tranquila corriente los muros. 150
 Versada cuadrilla le imprime al albergue figura ovalada,
 la otra degusta habitar una casa de muros redondos,
 pero ambas disponen los firmes cimientos de la obra
 compactos de barro y de piedras y troncos trozados,
 a fin de que burlen seguros los lares las furias del viento. 155
 Por eso podrás admirar con dos codos de grueso los muros,
 y que firme persiste la casa en la orilla por múltiples años.

158-171 Distribución de la vivienda

La noble morada dispuesta de varios recintos
 comprende a la vez aposentos abajo y arriba,
 y ofrece a la diestra familia adecuados salones. 160
 También protegidos exhibe sus hórreos adentro los muros
 de cada vivienda, mas siempre apartados de la sala común.
 Dos puertas decoran a tan infrecuentes palacios:
 la una que mira a las ondas del río apresadas,
 la otra que al lado contrario los bosques ofrece silentes. 165
 Y siempre hacia el río converge con amplia abertura
 un balcón, que armoniza la turba afanosa con sus edificios.
 Por encima, a esta mole una cóncava bóveda cubre
 con ramos tupidos, y bien amarrada con húmeda greda
 que ni raudas borrascas disuelvan con sus aguaceros, 170
 ni vuelcan sañudas tormentas con raudo Aquilón.

169 **nudaque** adstrictus M • arenâ, B • udâque B

172-189 Cuido y limpieza de la vivienda

Amante esta gente también de la grata elegancia,
 repule los muros de aquestas mansiones con lujos agrestes.
 Para ello de húmedos limos cogidos a mano en los campos,
 fabrica con hábiles pies una mezcla durable, 175
 y usando su cola, rocía la casa, la endurece y la pule.
 Como suele los amplios salones de grandes señores
 cubrir el artífice, y luego pulir las paredes y cielos,
 a fin que feas basuras no estorben los pulcros recintos,
 o que rápido eviten de la bóveda leve el escombros; 180
 así los Castores, muy célebre raza por nítido aseo,
 procuran y observan total nitidez en sus lares pluviales.
 Diligentes por ello, en el propio recinto un lugar elegido
 recubren y adornan con gusto de ramos y frondas.
 Pues se goza esta gente, habituada a la verde floresta, 185
 en formar por adentro de casa la imagen del bosque.
 Ni la casa del magno señor resplandece con tanto
 decoro, por más que los muros se vistan de seda
 y juntos el oro y la plata recubran los artesonados.

190-194 Solicitud para con los Castores fatigados

Y cuando vejada por tanto trabajo la gente más joven 190
 sucumbe a la empresa agobiada por falta de fuerza,
 al punto la grey previsora socorre a los socios cansados
 y ordena cesar al instante del todo la brega,
 a fin de que en dulce quietud recuperen sus fuerzas.

195-223 Alimentos de reserva para el invierno

Mas después que pusieron ya fin a sus casas soberbias, 195
 dejando de lado su afán por la vida privada la turba

MB • 188 quamtumuis MB • 189 unà B • 191 effaetis MB • 194 placidâ B

completa se entrega de nuevo gustosa a la vida común.
 Pronostica los soles, experta, y los meses futuros
 en que hórrido invierno devasta con frío los campos,
 albea la fronda y colmados de rígida escarcha 200
 los ríos a veces de hielo se entumen rompiendo su curso.
 Ya yerto el abeto y desnudo de umbrosas melenas,
 ni brizna de pastos depara el Castor que rebusca.
 Por eso, no sea que entero su pueblo sucumba en miseria,
 recorre afanosa la grey a través de espinosos parajes 205
 dispuesta de prisa a coger alimento ante rígidos hielos.
 Cada cual se dirige por propia vereda, y cubriendo la selva,
 a fin de saquearle más pronto las frondas verdosas,
 dispersos diversos lugares recorren, por donde olorosos
 los bosques y el campo de troncos frondoso los llevan. 210
 Tiernas a queste las ramas arranca de encina florida,
 de verdes cortezas el otro los troncos ansioso desnuda,
 y todos en casa reservan despojos del bosque.
 La turba después va llenando de pastos cortados del roble
 los hórreos inmensos en brega común fabricados, 215
 y en orden apilan, insomnes, arbóreos manjares,
 para que tomen los socios correctas porciones del bosque.
 Como cuando el colono ha segada en el campo albeante
 la inmensa cosecha, y avariento la casa ha colmado,
 y poniendo gavillas sobre otras gavillas muy cauto 220
 coloca a la usanza en la troje tamaño montón de cosecha,
 no de otro modo la bestia al colmar de la fronda deseada
 los hórreos, dispone con orden los ramos cortados.

224-237 Poblamiento de la ciudad

Concluidas por fin las tareas con mucho sudor de la gente,
 cada grupo sus propios penates habita tranquilo. 225
 A cuatro habitantes alberga esta casa, a seis la de allá,
 y a veces habrá al mismo tiempo hasta veinte en un techo.

222 secus **aestiua** replet M • 226 Quatuor MB

La gente, propicia a mostrar reverencia a los años seniles,
 a los flacos ancianos les cede las altas moradas,
 y ocupan modestos los mozos los bajos albergues. 230
 Y ya la nación nemorosa se entrega a la dulce quietud,
 degusta los pastos al hórreo común confiados,
 y gozan los padres en dar nueva prole a la raza.
 Ninguna discordia perturba alocada jamás las moradas,
 y nunca disputa furiosa promueve malvados litigios; 235
 tampoco saquean jamás los graneros con feas rapiñas,
 sino que tranquilos disfrutan de ubérrima paz los Castores.

238-243 Expulsión de los delincuentes

Y si acaso taimado ladrón los graneros de casa
 vecina asaltara, o de mies el montón despojase,
 o atrevido manchase los lares de inmundas basuras, 240
 (que siempre hay quien peque entre turba tan grande).
 se le expulsa de casa y, perdiendo su patria y familia,
 se ve compelido a vivir en inhóspitos sitios del bosque.

244-251 Esparcimiento de los Castores

El pueblo entre tanto morando en fluvial residencia,
 recrea su cuerpo alternando con aires los baños: 245
 ya estira y solaza sus miembros en amplios balcones
 y capta agradables las auras que el Céfiro exhala;
 ya en el postigo zambulle en las gélidas aguas del río
 sus cuerpos el grupo, y se apoya de codo en la entrada.
 Así de indolente por tiempo este pueblo operoso, fatigas 250
 pasadas resarce, y refresca en las linfas sus miembros.

251 limphisque MB

252-260 La procreación

Mas cada mesnada en sacar adelante sus propios retoños
 compite y con ello prolonga con nueva progenie la raza.
 Pues siempre agradable la hembra al constante marido,
 tras cuatro meses de luna y cesar el invierno en el campo, 255
 da luz esforzada pariendo dos hijos gemelos,
 si no es que fecunda la esposa le ofrece trillizos al padre.
 Recogida en alcoba propicia, ella educa a sus hijos,
 hasta tanto la prole ya siga detrás a la madre
 pasando el umbral del albergue con tiernas patitas. 260

261-268 Las salidas a la selva

La madre suavísima entonces con sus pequeñuelos
 diligente, cual otra legión, a bosques vernaes
 acude volando, y devora de troncos las costras jugosas.
 Mas el padre resuelto, el momento en que verdes praderas
 con nuevos capullos sonrén, se escapa de la alta morada 265
 dejando cruel a la prole y la madre en la casa.
 Ni regresa esta gente errabunda a los lares amados
 sino cuando férvido a Libra visita de nuevo Titán.

269-283 Castores solitarios

A veces también, de la plácida orilla del río arrojados,
 habitan en campos abiertos y errantes recorren las selvas 270
 los que por sus faltas han sido exiliados por los compañeros.
 Los hay que impelidos por el cazador, dejando la urbe
 y el río, se alejan medrosos del techo querido
 y habitan dispersos por tiempo en los bosques silentes.
 Cuando esto ha sufrido la turba, oponiéndose a tanto peligro, 275
 ni frena después ya los ríos, ni funda moradas,

262 caetera, MB • 266 sobolem MB • 270 syluisque MB • 273 ripâ, B • 276 froenat, MB

empero conforme en los vados habita dispersa entre cuevas
 las cuales mejora, mañosa esta gente, con charcos tranquilos.
 Pues siempre una hoya a la orilla del agua fluyente
 socava el Castor, a fin de que suave corriente le riegue 280
 la entrada, y que fluya por su gravedad bajo el antro.
 Aquí refrigera su cuerpo el Castor en undoso caudal,
 y pasa exiliado su vida entre negras penumbras.

284-290 Enemigos de los Castores

Y mientras habita apacible el Castor en su hermosa ciudad,
 o en el antro se oculta expulsado de patrios confines, 285
 sañudo enemigo hostigando por múltiples lados
 perturba sus fuertes, y provoca temor en las cuevas.
 Así el Carcayú, y la Marta feroz y la Zorra y el Oso,
 tal plebe amenazas rugiendo, y de ciego furor azuzada,
 rasgará del inerme, con fuertes mordiscos, la entraña. 290

291-315 La astucia del Castor

Pero más acremente al Castor y sus fuertes ninguno fatiga
 que el hombre violento, temible en sus dardos y astucia.
 Por eso la grey en las selvas se yerga aguzando la oreja;
 y apenas le llegan hostiles a su ávido oído
 rumores, aquél que por caso inmergido en el río profundo 295
 se encuentra lavando su cuerpo, sacude el caudal con la cola
 colmando la urbe y las casas de insólito ruido.
 Se angustia con esta alarmante señal la república inerme,
 y armando alboroto en las altas moradas con grande tumulto
 la turba se lanza espantada y de prisa por amplios accesos, 300
 corriendo a lugares seguros, y encuentra enervada en sus pies
 salvación sacudiendo de encima hábilmente el peligro.
 Pues aunque se mueve alocada por súbitos ruidos,

296 caudá B

astuta no obstante con tretas elude al atroz enemigo.
 Sagaz escudriña por dónde el ferrado enemigo se acerca 305
 a la urbe: si cruza la selva, si pasa las aguas nadando;
 o si ve en los refugios del bosque las redes tendidas,
 emprende la fuga en tropel por la puerta del río,
 y buscando profundos bajíos inmersa en la vítrea corriente,
 evade la muerte esta gente nadando veloz con cautela. 310
 Si empero nadando se acerca el terrible enemigo,
 por las puertas opuestas la tropa se sale al instante,
 y evita los dardos oculta en los bosques oscuros.
 Ni queriendo volver, volverán a sus techos y río perdidos,
 sin que antes se aleje de amadas riberas aquél enemigo. 315

316-360 Varios modos de cazar al Castor

Por eso es preciso atacar al Castor en el rígido invierno,
 al punto en que cubre la nieve con álgidos copos los campos
 y yertos los ríos se cuajan de Alpino glaciár:
 cercada por los cazadores, sus lares la grey abandona,
 y por donde el caudal endureado presenta boquetes 320
 que armados guerreros abrieron ha poco con tácita astucia,
 se lanza a las aguas y nada ligera en las ondas ocultas.
 Paciente se queda en la orilla la turba de los cazadores
 y alegre tolera las tretas de grey tan fugaz.
 Luego dispersa de prisa en orillas del río nevado 325
 ocupa escondida entre fronda las bocas abiertas:
 cuando sale el Castor de debajo del gélido bloque,
 y exhausto levanta a lo alto su testa por tales boquetes
 le troncha el guerrero su cuello con súbito hachazo,
 o agarrando sus patas flexibles con mano certera 330
 del gélido abismo recoge la presa valiosa
 que lucha y resiste gimiendo la trampa y la suerte.
 Empero aterrado el guerrero de lluvias y fríos intensos,
 rehusa atacar con venablo a la grey amparada en la urbe,

316 brumâ, B • 318 Alpinâ B • **rigescunt**, M • 320 quâ B

y dispone conforme tenderle la red a la astuta manada. 335
 Explora prudente en qué selva hace vida el rebaño,
 qué pastos codicia, qué lagos y ríos frecuente;
 qué arbóreas cortezas atraen reteniendo al Castor
 averigua, y con ellas le tiende la red el sagaz cazador.
 Del olor del festín seducido volando acude a la trampa 340
 infeliz, y no advierte imprudente los fraudes inicuos;
 y mientras apura voraz de la costra raída las mieles,
 incide en los lazos ocultos so fronda maligna
 gimiendo sin fin enredado en el bosque profundo,
 hasta que el cazador le triture a varazos 345
 su cuello, y feroz le cercene la gorja a cuchillo.
 Como cuando a la nuera prepara el veneno demente
 madrastra en el vaso, y el vaso le da zalamera;
 y bebiendo el engaño, ignorante de tanto peligro,
 deglute con ávidos labios su muerte funesta: 350
 así los Castores por falso regalo engañados
 trasmutan en muerte violenta su vida tranquila.
 Con frecuencia, engañar al astuto Castor con los lazos,
 da tedio al que caza de tanto esperar en congojas
 la presa fugaz, y en gastar en la selva los días. 355
 De aquí que deguste cercar con los canes los sotos umbríos,
 y atacar al taimado habitante de lejos con dardos.
 Al punto en que tímida presa cercaron los fieles molosos,
 con ímpetu magno de pronto es lanzado fulmíneo plomo,
 tendiendo en el suelo de un tiro al Castor moribundo. 360

361-369 El castóreo y las pieles

Primero el castóreo lo extrae medicina de cuatro
 bolsitas, a fin de ofrecer un alivio adecuado al enfermo;
 después en un náuseo remedio lo altera longeva
 costumbre que todo lo suelo cambiar fácilmente.

361 primùm B • quatuor MB • 363 tetrum MB

Luego los hombres de caza desnudan la presa del rico vellón, y ya dueña la turba vagante de aquestos despojos se ciñe con ellos altiva su frente luciendo un sombrero o adapta a sus piernas cansadas livianas polainas, o repele los fríos también de todo su cuerpo. 365

Fin del Libro Sexto